

Le había hecho á la ciudad un regalo de quinientos criminales que habían saqueado el palacio y los alrededores, pero que habían hecho un mal mayor todavía ¡quemar los archivos!

La que estaba inquietísima era Refugio, y tanto, que por fin salió con pretexto de ir á misa, pasó por la tienda y se atrevió á preguntar al dependiente que era muy su conocido:

—Buenos días, Francisco, que, ¿no ha venido Adrián?

—Adrián no volverá.

—¿Cómo que no volverá?

—Anoche vino y me dió esta carta para el patrón, diciéndome:—Se la das y le dices que le pido perdón porque lo abandono; pero que me he comprometido tomando parte en la revolución, que el Presidente me ha dado una autorización de guerrillero y que tengo que salir hoy mismo á cumplir con mis nuevos deberes.

Refugio estuvo próxima á desfallecer, diciéndose en su interior:

—¡Yo, yo tengo la culpa! Quiso, pero no pudo hacer esta otra pregunta:

—¿Y para mí no ha dejado Adrián ninguna carta?

Lo que hizo fué volverse á su casa y meterse á su cuarto á llorar.

Hé aquí cómo los Supremos Poderes iban levantando ampollas por donde quiera que pasaban. Bien es que en esta vez la peregrinación iba á ser muy larga: Colima, Manzanillo, San Francisco, Panamá y Nueva York, para ir á desembarcar en Veracruz en momentos muy críticos.

CAPITULO XXIII.

Expiación.

EL triunfo que obtuvo el gobierno de Zuloaga sobre la coalición, fué fácil, pero algo costoso; no sólo porque se tuvo que echar mano de todos los principales elementos, sino porque se dió tiempo de organizarse á los liberales de Oriente, del Sur y del Norte. Es cierto que se libraron casi todos los días combates de mayor ó menor importancia en que con harta frecuencia por de pronto quedaba el triunfo por los conservadores; pero los combatientes surgían como del fondo de la tierra, y por todos lados se presentaban nuevos campeones, así como había brotado Adrián, por simpatías á la causa de la Constitución. Y como principales figuras se destacaban en Oriente La Llave y Alatríste. En el Norte Vidaurri, Aramberri, Zuzua, Escobedo y Garza, y en el Sur siempre la familia del patriarca Alvarez y algunos otros que apenas alcanzaban alguna nombradía.

Por eso fué que Osollos, cuando llegó á Guadalajara, urgido por el gobierno que le daba prisa, convino en los términos que le propuso Parrodi para la capitulación, no obstante que sabía que en tres ó cuatro días podía aplastarlo, porque no tenía momentos que perder. Que á nadie se persiga. Está bien. Que los militares que quieran servir conserven sus grados. Convenido. Que se den pasaportes á los que los quieran. Aprobado. Y si Parrodi hubiera exigido que se dejara ir armados á los que quisieran seguir la revolución en el Sur de Jalisco, Osollos hubiera consentido, porque lo que quería era salir pronto del atolladero. Parrodi no pensó en esto último, porque no entraba en sus ideas que el ejército pudiera combatir más que en grande, y así lo había manifestado á los que le proponían que evacuase con sus fuerzas á Guadalajara:

—Yo no hago la guerra del bandidaje en que haya necesidad de vivir sobre el país: yo soy general, no soy guerrillero.

Esto es, ó combatía con elementos ó se iba á su casa.

Y la prueba de que Osollos estaba urgido, fué que no destacó ninguna fuerza sobre el gobierno que se dirigía á Colima ni sobre los grupos de hombres armados que iban á crecer en el Sur de Jalisco con el gobierno de don Pedro Ogazón, y dejó al general Casanova fortificado con unos mil y setecientos hombres, destacando dos divisiones para San Luis y Zacatecas, mandada la segunda por el que ya era su brazo derecho, pues Osollos era manco, por el general Miramón, que iba á ser el gran Macabeo, la estrella de los conservadores *pour sang*.

Osollos, luego que creyó dejar así arregladas lo mejor posible las operaciones militares del interior, se dirigió en la diligencia á la Capital, en donde su presencia era

exigida con apremio, porque Zuloaga abrigaba temores de que se diera allí mismo un golpe de mano.

Las fuerzas liberales, procedentes del Norte, con un magnífico tren de guerra, acediaban á San Luis Potosí con unos cuatro mil hombres, mientras la plaza era defendida por dos mil, dirigidos por algunos de los más famosos generales de la reacción.

El auxilio que se les mandaba no podía ser más oportuno, tanto más cuanto que el plan de Osollos era destruir completamente al ejército del Norte, para que pudiera extenderse la acción del gobierno á los Estados de la frontera que permanecían fieles, con excepción de Tampico, á la causa de la Constitución.

Pero Miramón, aunque hizo marchas rápidas, se entretuvo un poco estableciendo autoridades en Aguascalientes y atacando á las fuerzas del gobierno de Zacatecas, que por ser débiles evacuaron la ciudad, y dejó allí de gobernador y comandante militar al general Manero, apoyado por una brigada de setecientos hombres que mandaba el coronel Antonio Landa, quien iba á ser ascendido á general por su pronunciamiento de Guadalajara. Respecto de este individuo, hay que decir de paso que los conservadores de aquella ciudad pidieron su destitución y su proceso porque había dejado escapar á Juárez y sus ministros, desperdiciando la oportunidad que se presentaba para poner término á la guerra, una vez que desaparecido el gobierno, los beligerantes que había en el país iban á quedar sin bandera; pero Osollos y Miramón, aunque convinieron en que las razones que se aducían eran razones de peso, creyeron que no era el momento oportuno para usar de rigor contra los que habían defecionado en las filas contrarias, porque eso desanimaría á otros que tuvieran igual

intención, y antes bien determinaron pedir á México el ascenso á general de Landa por haberles facilitado la ocupación de la capital de Jalisco, pues que sin duda ninguna á él se debió que el gobierno prófugo de México y Guajuato no pudiera organizar allí una buena defensa, cosa en que tal vez no pensaron los Supremos Poderes, ya por estar aturridos con el desastre de Salamanca ó por las dificultades que se presentaron para adquirir recursos sin emplear la violencia.

Sea como fuere, Landa había quedado de segundo en jefe en Zacatecas y con la expectativa de ceñirse la banda de general dos ó tres semanas más tarde. Los acontecimientos lo dispusieron de otra manera.

Una vez que Miramón creyó dejar bien establecido el nuevo gobierno de religión y fueros en Zacatecas, al cual el pueblo de aquel Estado era muy refractario, se dirigió á las volandas para San Luis Potosí, pues con mucha frecuencia recibía extraordinarios en que se le decía que si no se apresuraba, llegaría tarde, porque la plaza se encontraba debilitada y próxima á sucumbir.

Vidaurri, jefe del ejército del Norte, que tenía buenos exploradores, supo con toda oportunidad cuáles eran los movimientos y cuáles las intenciones de Miramón, y juzgó suficiente destacar unos dos mil hombres, con instrucciones al jefe que los mandaba de embarazarle su marcha sin librar ningún combate decisivo. Casi todos eran soldados de caballería, y su misión era atajar primero en el punto llamado Puerto de Carretas al ejército de Miramón y en seguida molestar sus flancos y su retaguardia para ocasionarle detenciones y pérdidas.

Aunque Miramón marchaba con las precauciones de la guerra, había entrado confiado al desfiladero que ter-

mina en el Puerto de Carretas; y una circunstancia casual hizo que se descubriera que allí estaba el enemigo emboscado. Hicieron explosión algunas bombas ó granadas de la artillería que iba á la vanguardia, las que estallaron sólo por alguna imprudencia, y los del Norte, creyéndose descubiertos, salieron de sus escondites antes de tiempo para sostener el combate. Esto dió oportunidad á Miramón para reconocer las posiciones enemigas, preparar sus columnas y organizar un ataque en toda regla.

Los primeros disparos de los *tagarnos* del Norte hicieron destrozos en las filas del ejército de Miramón. Habían sido colocados á la vanguardia los mejores tiradores con buenas armas y abundante parque, así es que casi no disparaban un rifle que no hiciera una baja en el enemigo, lo cual hizo pensar al Macabeo en que tenía que habérselas con un enemigo de importancia, y cambió su táctica dejando de atacar de frente para mandar columnas que rodearan la formidable posición; pero como la artillería no tenía otro camino más que aquel, él se vió obligado á forzar el paso con la principal columna, haciendo uso de frecuentes tiros de metralla.

La resistencia del enemigo era ya muy debil, casi no quedaban en las alturas más que unos veinte ó treinta hombres, de los cuales unos cinco ó seis, que fueron cortados, quedaron hechos prisioneros.

—¿En dónde está el enemigo? preguntó Miramón á los jefes de las columnas que habían ido á hacer un rodeo muy penoso para atacar de flanco.

—No lo hemos visto; pero probablemente va desbandado.

—En ese caso hemos obtenido la victoria. Que se toquen dianas.

Y se tocaron las dianas y se dió sobre la marcha un parte al gobierno de México en que se le decía que el enemigo había mordido el polvo, y que el ejército de las tres garantías había obtenido la más espléndida de las victorias.

Sin embargo, aquel enemigo mandado por Zuazua, se había retirado compacto por una hondonada, quedando muy poco después á la retaguardia de Miramón para levantar el campo que aquel había abandonado, y no cualquiera cosa, sino dejando trescientos heridos y seiscientos muertos, muchas armas y muchas municiones y hasta carruajes de los jefes y carros con vestuario, todo lo cual fué recogido como botín por los fronterizos.

Zuazua, obedeciendo las órdenes que sobre la marcha había recibido de su superior, tomó al día siguiente muy tranquilo su camino para Zacatecas, llegando allí cuando menos se le esperaba. ¿Y cómo había de esperarse, si apenas acababan de repicarse las campanas porque Miramón lo había destrozado? ¿Y cómo había de ser posible, además, que el enemigo llegara por un camino que Miramón acababa de recorrer victorioso?

Pero el hecho fué que Manero y Landa, desde La Bufa, descubrieron las blusas coloradas de los *tagarnos* y vieron su polvo que se extendía por algunas millas, lo cual hacía suponer ó que el enemigo venía marchando muy escalonado para hacer más bulto, ó que realmente era numeroso. Ya era sabido que algunas veces se recurría al ardid de arrastrar grandes ramas con objeto de levantar mucho polvo y amedrentar á los que se encerraban en las plazas débiles que no tenían grandes elementos de defensa.

Fuera lo que fuera, Manero acordó con los suyos ha-

cerse fuerte en la magnífica posición de La Bufa, una vez que ya no se podía evacuar la ciudad sin exponerse á ser alcanzados muy pronto, supuesto que el enemigo lo formaba un trozo de caballería superior.

Una vez tomada esta resolución, se subieron á las alturas los cañones que había en la plaza, se distribuyeron las fuerzas y la artillería en la ciudadela, en la iglesia y en los demás puntos ventajosos, que fueron violentamente fortificados, y se esperó el ataque que el enemigo había de dar al día siguiente.

Pero Zuazua no era hombre á quien le gustara perder el tiempo en reconocimientos: conocía ya la posición, sabía cuáles eran sus puntos más fuertes y sus puntos más débiles, y comenzó por éstos dominándolos fácilmente.

Luego que ya tuvo en su poder tres cañones quitados al enemigo, improvisó artilleros y simuló un ataque falso con ellos, mientras una columna atacaba la capilla por el flanco, apoderándose de ella, de sus defensores y de su artillería.

Parecía que la obscuridad de la noche había de serles contraria á los que atacaban; pero como todos eran soldados de confianza que no se desbandaban ni retrocedían, y como todos estaban acostumbrados á trepar montañas, á hacer fuego con el pecho á tierra, á arrastrarse con facilidad y con prontitud sin que casi se notaran sus movimientos, y á distinguir los objetos con la luz incierta de las estrellas, aparecían repentinamente donde menos se les creía y pocas veces presentaban antes bastante bulto al enemigo. Así fué como fueron casi sorprendiendo posición por posición. La gente de Manero se defendió con vigor, pero casi contra enemigos invisibles. Disparaban sus ar-

mas, hacían fuego cerrado de artillería y fusilería, llovía la metralla en la ciudad, pero no se causaba la menor herida á los *tagarnos* sino cuando ya se presentaban á boca de jarro, rindiendo la posición á tiros y á golpes hendientes de marrazo.

Estaban ya tomados en seis horas cinco fuertes bien artillados y municionados; pero faltaba el más importante que era la ciudadela, defendida por los jefes principales Manero y Landa, y podían allí tener como trescientos hombres que era como si tuvieran tres mil, por las ventajas que les daba la posición.

Lo que temía más el general, Zuazua, entonces era coronel, era que viniera la luz del alba y que los sitiados vieran con la baraja con que estaban perdiendo. Sus soldados eran valientes, pero no tenían aire marcial, ni mucha disciplina, ni orden alguno definido para el combate. Es cierto que tenía en aquella cima como unos mil y pico de hombres, por haber mandado desde antes á muchos piquetes numerosos con algunas comisiones; pero éstos no eran para atacar fortalezas en columnas cerradas ni abiertas, sino que cada cual se *agazapaba* y peleaba como podía, aunque siempre con buen éxito. Y así dispuso atacar la ciudadela antes que amaneciera, aprovechando sobre todo el ardor con que se combatía con el sebo del botín, que era lo que más seducía en los combates á aquellos buenos *tagarnos*.

En esa virtud dictó sus superiores disposiciones.

En primer lugar, colocó sus baterías lo más abrigadas posible, no para que abrieran brecha en los muros, lo cual era muy difícil, sino para que se hiciera ruido, mucho ruido, el mayor ruido posible para amedrentar al enemigo ó llamar hacia aquel lado toda su atención, como proba-

blemente sucedió, mientras que, conforme á su táctica vieja, por los flancos y la retaguardia se aproximaban los asaltantes arrastrándose como culebras y cubriéndose con los peñascos.

A una señal convenida, todos habían de levantarse al mismo tiempo y lanzarse al asalto.

Sea porque ya estuvieran amilanados los defensores de la ciudadela, ó porque fueran sorprendidos cuando aparecieron los de Zuazua rodeando el edificio, el caso fué que ya hubo muy poca resistencia y que los soldados voltearon las culatas de los fusiles gritando:

—¡Estamos rendidos! estamos rendidos!

Cuando Landa y Manero se vieron completamente dominados, quisieron abrirse paso por el frente con unos cincuenta hombres que calaron bayoneta; pero allí estaba ya Zuazua con su reserva, el cual gritó con voz de trueno:

—Si no se rinden mando hacer fuego.

Todos los soldados bajaron las armas, pues una descarga á quema-ropa hubiera acabado con ellos.

Entonces Manero, Landa y otros jefes y oficiales que estaban en el grupo, entregaron las espadas constituyéndose prisioneros.

Zuazua tomó posesión de la ciudadela y de sus elementos cuando se veían despuntar ya los primeros albores de la mañana.

Una vez que hubo dictado las disposiciones del momento para que se levantara el campo y se atendiera á la tropa que no había comido, se dirigió á una sala acompañado de sus oficiales superiores para tratar sobre los prisioneros.

Había entre aquellos fronterizos un joven inteligente,

pero de una severidad intachable como Robespierre, que tenía allí mucho prestigio, principalmente porque fungía como secretario y como consejero de Zuazua, el cual exclamó con los ojos relampagueantes como si todavía repercutiera en ellos el fragor del combate:

—Señores: nosotros representamos al pueblo y tenemos que hacer en su nombre completa justicia. Hay entre los prisioneros un traidor que necesita ser castigado, y hay una ley vigente sobre conspiradores y rebeldes que condena á los demás á muerte. No somos nosotros más que los ejecutores de esa ley, y debemos cumplirla si acaso somos patriotas por una parte, y leales por la otra al supremo gobierno. Ni siquiera podemos deliberar sobre un punto que está ya resuelto.

Estas palabras fueron bien acogidas por los que estaban allí presentes, cuya cólera por la sangre que se acababa de derramar no estaba aún aplacada, y todos, cuando se les preguntó qué pena debía aplicarse á los prisioneros, contestaron sin vacilación:

—¡La de muerte!

Pero eran sesenta los oficiales y jefes prisioneros, y entonces el Tribunal Militar hizo excepción de casi todos los subalternos, quedando sólo sujetos á la terrible pena: el general de brigada Antonio Manero, el coronel de infantería Antonio Landa, el teniente coronel comandante de la artillería don Francisco Aduna, el comandante de escuadrón don Pedro Gallardo y el capitán de artillería don Agustín Dreshi, estos últimos porque prolongaron la resistencia sin necesidad en San Agustín y Santo Domingo, cuando ya todos los otros puntos estaban rendidos á discreción.

Inmediatamente fueron puestos en capilla (27 de

Abril) para ser ejecutados el día 30 á las seis de la mañana.

Landa no se escapó de recibir reproches en su última hora.

Un centinela volvió á él la cara cuando lo sacaban de la capilla para llevarlo al patíbulo, y le dijo con saña implacable:

—Así se castiga á los traidores. Ahora vas á pagarla, bandido!

